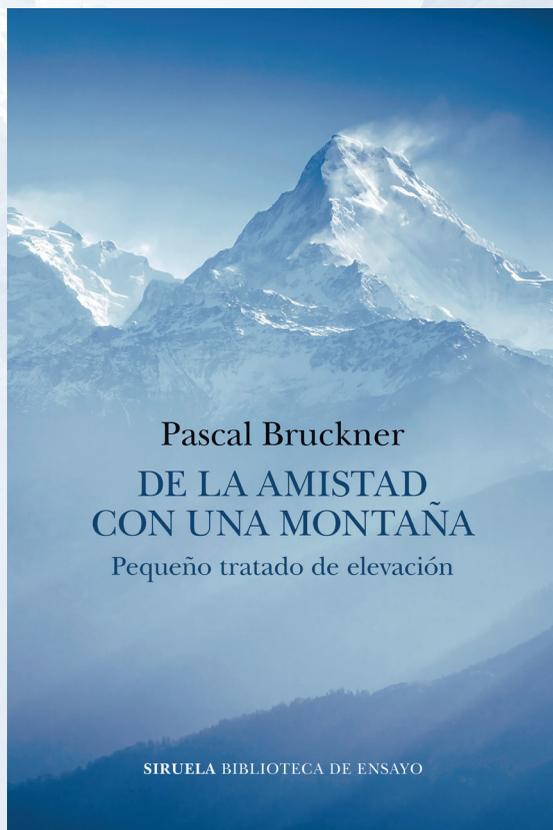


Dosier de prensa

«Cuando asciendo por encima de los 1.000 metros, respiro mejor, siento una euforia particular, el éter me embriaga, airea mi cerebro, libera endorfinas. Algo hace que me eleve por encima de mí mismo. Los torrentes que braman y se desbordan de su lecho me exaltan. Me siento en casa».



«De la amistad con una montaña evoca de forma sensible y reflexiva el amor por la ascensión hacia las cumbres, perseguidas durante toda una vida, desafiando el paso de los años».

Le Monde

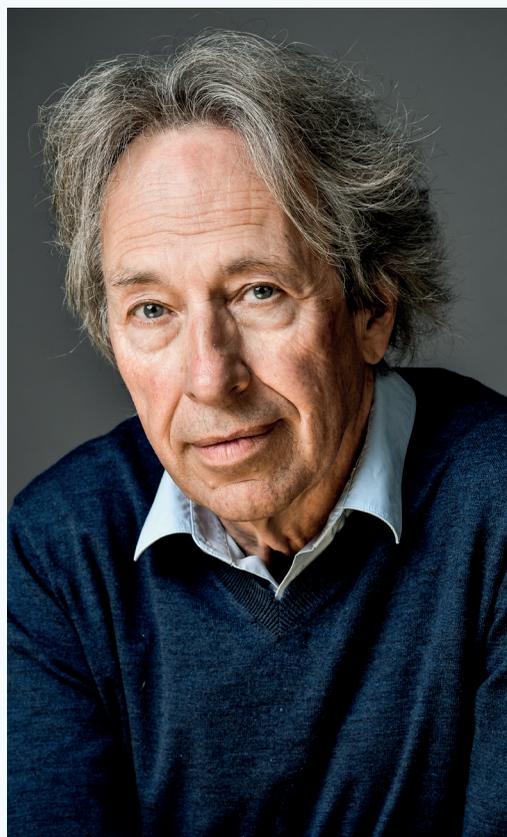
Ediciones Siruela BIBLIOTECA DE ENSAYO

PASCAL BRUCKNER

Filósofo y escritor de obras tanto de ficción como de no ficción, **Pascal Bruckner** (París, 1948) es doctor en Letras por la Universidad Paris VII. Ha sido galardonado con los premios Médicis de Ensayo, Renaudot y Montaigne. El director Roman Polanski llevó a la gran pantalla su novela *Luna amarga* con el título de *Lunas de hiel*. Participa habitualmente del debate público en medios como *Le Point*, *Le Figaro*, o *Le Débat*. De sus ensayos destacan *El nuevo desorden amoroso*, *Miseria de la prosperidad*, *La tentación de la inocencia* o *La tiranía de la penitencia*.

Considerado como una de las voces más interesantes y certeras del panorama intelectual francés, Bruckner es un reconocido crítico del multiculturalismo, apoya el derecho a la especificidad de las minorías étnicas, religiosas y culturales, y defiende su asimilación respetuosa por la comunidad que las recibe.

Si en su anterior trabajo, *Un instante eterno*, el autor exploraba las numerosas cuestiones existenciales planteadas por la prolongación de la vida humana, en su nuevo ensayo *De la amistad con una montaña*, Bruckner nos invita, a partir de su experiencia personal, a descubrir la fascinación que las cumbres han ejercido en la vida, el arte y el pensamiento de los seres humanos desde el principio de los tiempos.



De la amistad con una montaña

«¿Por qué escalar cuando bajamos ya a toda prisa la otra vertiente de la vida?»

¿Por qué son tan fascinantes las montañas? ¿Por qué escalarlas? En su poderosa atracción y el asombro que provocan está la clave: todos aquellos que la practican saben que la escalada proporciona felicidad; que, aunque pueda parecer paradójico, uno se agota para expandirse; que llegar a la cima, aun siendo la de un pequeño montículo, y contemplar las paredes rocosas o los valles surgir a los pies provoca la más auténtica y sencilla alegría. Las montañas dejan de transmitir temor para convertirse entonces en lugares, como decía Rousseau, de alivio y serenidad. Alejadas de la ciudad, se observan como espacios en los que escapar de la tibieza, el sofoco y el barullo cosmopolitas.

«Surgí a la vida en la persistente cortina de copos que evocan el olvido y el sueño bienaventurado. Ingresado en un sanatorio a una edad muy temprana, a los dos años, en un Kinderheim del land austriaco de Vorarlberg, debido a un inicio de tuberculosis, lo primero que conocí del mundo fueron los Alpes del Kleinwalsertal, un valle de altura austriaco enclavado en Baviera».

De la amistad con una montaña es una honda declaración de amor de Bruckner por las cumbres y por el placer que le procura ascender hasta ellas. La nieve o la visión de los abetos, tan ligados a la montaña, le retrotraen a su infancia y juventud, entre Suiza y Austria, rodeado de picos y bajo la afable protección de los bosques... Cuanto más alto sube, más se reencuentra con su pasado y sus vivencias. Si escalar significa rejuvenecer el espíritu, este ensayo también se podría apreciar como la autobiografía sensorial que le devuelve sus recuerdos más personales. Asimismo, como forzosa reivindicación del autor, el texto es una acuciante llamada a la preservación del entorno ante la inminente especulación inmobiliaria y la patente amenaza del cambio climático.

La cuestión ya surge a los primeros compases: ¿para qué tantas penurias, si tras una breve parada en la cima, se tiene que descender?, ¿dónde está la recompensa a tanto esfuerzo? El deseo de la cima es muy superior a los sacrificios y la montaña representa lo que Bruckner llama el delicioso absurdo de la existencia: se nace para morir un día; en un breve intervalo entre dos nada, se asciende para volver a bajar. Y, además, como complemento vital a la travesía, cualquier ascenso es un ejercicio de amistad y superación.

«Cuando cae la nieve, el ojo se deja aletargar por este flujo continuo y casi hipnótico que nos sumerge en la somnolencia retiniana, una narcosis voluntaria. Es comprensible que los alpinistas extraviados y los caminantes agotados se sientan tentados de tumbarse y cerrar los ojos en esa tibieza de edredón que borra tanto los caminos como los recuerdos».

Pero en este libro no solo se conjugan sensaciones y recuerdos, el autor también salda cuentas con un padre antisemita y adulator del Tercer Reich; sigue los pasos de Nietzsche en Sils Maria, a 2.000 metros, donde le vino la idea del *Zarathustra*; hace tuyas las palabras y experiencias de otros escritores y filósofos, como Erri de Luca, Sylvain Tesson, Roberto Calasso o Ferdinand Ramuz; define los caminos, refugios y rutas a seguir para llegar al Cervino o a los Drus; o se pregunta por el sentido de la vida, cuando una práctica como es la escalada puede descubrirnos que hay más en nosotros de lo que pensamos.

La montaña, en el fondo, sirve para escapar del declive, de la fatalidad del tiempo... La escalada, como íntimo ritual de purificación, se convierte en un desafío (a veces inaccesible o cien veces reproducido) del que sentirse orgulloso, en la victoria que se logra sobre uno mismo, en el sufrimiento que conduce a la redención.

La vida reducida a lo esencial

«No es la fe la que mueve montañas,
son las montañas las que mueven nuestra fe
y nos desafían a acometerlas»

A lo largo de trece capítulos, con sencillez y un estilo narrativo tan deslumbrante y luminoso como sensual, Bruckner nos descubre un mundo con el que vivir en recóndita comunión y que, a un tiempo, transmite inmensidad, belleza y asombrosa monstruosidad. No olvida que en la montaña nunca se está solo, que está habitada por mucha fauna y especialmente por un animal que siempre le ha conmovido, la vaca, esa madre universal que nos protege... Paraísos bucólicos en cuyo marco de pastos los mugidos suenan como saludos de ánimo en el camino que enfila hacia la cima.

«Todo me conmueve en la vaca: su mirada húmeda y compasiva, sus largas pestañas rizadas, su morro mojado, su piel moteada, sus anchos flancos, su cuerpo fabuloso y el relieve de las venas azuladas de las ubres. Hasta sus boñigas son una muestra de regeneración de la tierra. Ella es la madre universal que nos protege. El simple sonido de su esquila me hace estremecer».

El autor no se ve como un alpinista que escribe, sino más bien como un caminante que pierde el tiempo en las cumbres. Y, entre ellas, Suiza y los Alpes se emplazan como protagonistas obligados: su amor por ambas nace de niño, cuando tiene que pasar largas temporadas en Leysin para recuperarse de una tuberculosis. Bruckner apela a un país que luce sus cumbres, visibles desde cualquier parte, y que siente aquella patria imaginaria en la que no existen calumnias, donde los peligros se esfuman y uno se siente en otro mundo, fuera del alcance de la vida ordinaria.

Asimismo, se vale de su viaje por la cordillera alpina para denunciar amenazas como la sobreexplotación llevada a cabo por los hombres, el calentamiento que afecta a los glaciares o esa realidad que le pesa cada vez más: en sesenta años, el invierno se ha acortado casi un mes; atrás han quedado los inviernos rigurosos y generosos en nieve –de paisajes blancos y familia con esquís y trineo–, hoy convertidos en trámites parsimoniosos.

«Cuando asciendo por encima de los 1.000 metros, respiro mejor, siento una euforia particular, el éter me embriaga, airea mi cerebro,

*libera endorfinas. Algo hace que me eleve por encima de mí mismo.
Los torrentes que braman y se desbordan de su lecho me exaltan. Me
siento en casa».*

Si en un capítulo se centra en los senderos recorridos por montañeros y pensadores, en otros aborda temas divergentes que, ligados siempre a la nieve y las cumbres, van desde la alabada singularidad suiza o el acalorado debate que plantea la última repoblación de lobos, osos y rapaces en cordilleras como la pirenaica, hasta el choque frontal que se establece entre dos especies totalmente opuestas, la de los escaladores experimentados, que se consideran únicos a la hora de emprender la hazaña que implica el ascenso, y la de los paseantes excursionistas, que no hacen más que entorpecer el camino.

Entre líneas, el amor por la naturaleza se combina en atenuadas dosis con el humor que, como una tarde despejada, aporta luz y calidez a la escritura. Las referencias literarias y filosóficas sustentan con palabras esa profunda euforia que, sosegada y embriagadora a un tiempo, solo el aire fresco de las cumbres puede transmitir, ese sentimiento de alegre elevación del alma que despiertan los desafíos que se antojan inaccesibles.

Escapando de la vida horizontal

«Uno se enamora de una montaña antes de emprender la ascensión».

En momentos en los que la admiración por el esfuerzo, el ejercicio, el rendimiento o el cuerpo se ha convertido casi en una imposición, más que una tendencia o moda, este ensayo incita a la reflexión... Caminar, escalar o hacer senderismo se pueden asumir como maneras de entrar en otra dimensión, donde la prueba fortifica lo que el reposo debilita; de escapar a la vida sedentaria anclada a nosotros por el oculto temor que supone romper con la rutina. Tras muchos años aferrado a esa pasión que le permite superarse y afianzar su amistad con el mundo, en este libro Bruckner hace de la montaña una bella metáfora de la existencia.

En ningún momento quiere el autor dejar de señalar a la montaña como un espacio hostil y poco amigable, donde una caída puede ser fatal. Incluso cuando luce el sol, la montaña es traidora y conocerla se hace fundamental. Escalar se convierte en una confluencia de precaución y audacia, de valor y sangre fría. Las tormentas, por ejemplo, pueden llegar a ser aterradoras, y el alpinista debe ser capaz de reaccionar, no solo ante ellas, sino ante todo aquello que por desconocido le pueda provocar miedo, vértigo. En el fondo, entre altas cumbres, el hombre no es más que un ser diminuto en un mundo gigantesco.

«Escalar es entrar en un ejercicio de celebración sin fin, extasiarse ante la gracia de un rebeco, el resplandor de un nevero, el surgimiento de un pico que se alza como un tajo en el cielo. La montaña no se parece nunca, el paisaje cambia según las horas y los días. Las cimas aparecen y desaparecen, giran como el decorado de un teatro».

La muerte está asociada a la montaña, pero no por accidente, sino por naturaleza cuando el hombre trata de someterla... Las expediciones más intrépidas, incluso las de escasa dificultad, pueden terminar convertidas en trágicas empresas, como le ocurrió a Lionel Terray, auténtico inspirador de muchas generaciones de alpinistas. Cada cumbre pone en ridículo la agresiva voluntad humana por dominarla. Sus laderas, indiferentes, están sembradas de cruces y túmulos de piedra.

Los aventureros de la escalada, en su emoción por enfrentar cimas inviolables, se alzan por encima de la condición humana. Siguiendo las palabras de muchos de esos

escaladores, Bruckner hace un minucioso análisis de los factores que los motivan y de los límites que quieren sortear. Son los artífices de proezas que rozan la imagen del héroe, de la experiencia del peligro como forma del romanticismo más contemporáneo.

«¿Qué es un enamorado de la montaña? Es alguien que se estremece de placer con la primera nieve sobre los prados, tiembla ante el pináculo soleado de una cumbre, siente un nudo en la garganta ante el minarete de un pico. Y se complace en que el Everest ascienda cinco milímetros cada año».

Bruckner ha escrito un apasionante y hermoso ensayo que anima a recuperar la vitalidad innata y a plantar cara a la fecha de caducidad que imponen los años. El lector deambula por sus recuerdos, anécdotas, pensamientos y análisis sociológicos con entusiasmo y auténtico fervor, contagiado de la ambición que siempre debería compensar el debilitamiento físico. Porque no queda otra, hay que seguir buscando desafíos, seguir subiendo como si la ascensión no parase nunca.

«Me gusta el piano y la montaña. Aun así, no seré nunca ni pianista ni montañero, sino un simple diletante. Frente al teclado, sueño arpeggios envolventes, boogies endiablados y charlestones vertiginosos y topo siempre con los mismos límites. Cada acantilado, cada muralla, me dice: No es para ti. ¿Por qué amar lo que te rechaza? ¿Por qué persistir en el más o menos? ¿Y por qué no? [...] Laborioso en el piano, tenaz y estoico en la pendiente, no por ello soy menos feliz ensayando e insistiendo».

Han dicho de su trabajo

Sobre *Un instante eterno*:

«*Un instante eterno* no es un libro de autoayuda, pero sí que ayuda muchísimo. Es un libro de pensamiento de un reconocido intelectual que nos enfrenta a una realidad: la madurez y la vejez duran cada vez más años».

IÑAKI GABILONDO

«Un libro imprescindible para hacer de la última etapa de nuestras vidas la más feliz y fundamental».

ANTONIO BASANTA

«Es un libro fantástico, con reflexiones trascendentes y útiles».

FERNANDO ÓNEGA

«Es el momento de pensar en la vejez en una sociedad que se prolonga cada vez más [...]. Bruckner no es un hombre a la contra, sino una bengala en alerta».

ANTONIO LUCAS, *El Mundo*

«Mientras los miembros de su generación se jubilan y se instalan en la tercera edad, Bruckner, con 72 años, no tiene ninguna gana de dejar de escribir y polemizar».

MARC BASSETS, *El País*

«El excelente ensayo de Bruckner no se conforma con explorar las preguntas existenciales que conlleva la reciente extensión de los años de vida, sino que se fija también en sus trampas y ambivalencias».

Le Monde

«El ensayista francés Pascal Bruckner publica una elegante y personal reflexión filosófica sobre el arte de aceptar la vejez».

L'Express

«El conocido filósofo francés Pascal Bruckner ofrece una reflexión estimulante y aliviadora sobre el largo tiempo de la vida».

Le Devoir

Si necesitas más información, puedes contactar con:

Elena Palacios

epalacios@siruela.com

Tel.: 91 355 57 20